

UN MISTERIO.

Por la señorita doña Paz Iturria.

A mi recomendable y fina amiga la señorita Felicitas Amor.

HALLÁBAME yo hace pocas noches junto á una alacena del portal de Mercaderes, gustosamente entretenido con la sabrosa plática de cuatro ó seis amigos, jóvenes, todos alegres y vivarachos, cuya vida está llena de aventuras á cual mas peregrina y cuya cabeza es un archivo de sucesos, siempre nuevos y siempre llenos de viveza y de sal. El asunto de la conversacion ya deberá suponerse que eran las mujeres; porque entre hombres solos, de los cuales el de mas edad no cuenta mas que veintinueve años, suele ser este el único objeto de sus discursos.

—Positivamente, dijo uno de ellos, teniente de caballería, positivamente es incomprendible el corazón de la mujer; yo de mí sé decir, que desde el momento en que pude comprender la importancia del bello sexo (y fué á los catorce años) hasta hoy que cuento veinticinco, he visto muchas de ellas, nobles y plebeyas, ricas y pobres, pecadoras y justas, y todavía no puedo asegurar que he leído un solo corazón con faldas.

—Y ¡qué dirías, contestó otro de ellos, si como yo hubieras encontrado con una de esas mujeres cuyas acciones emboza el mas impenetrable misterio? y las hay, lo

aseguro, y ustedes tal vez han tenido ocasion de verlas. Tal especie es capaz de aburrir á un santo; y como uno está cierto de que lo hacen sólo por darse un aire de originalidad, maldito el interés que inspiran.

—Te engañas, dijo á esta sazón un joven que se hallaba en la rueda, de no mala figura, médico en embrión, y á quien llamábamos Marchena; te engañas, aun cuando en efecto obren solo por ese principio, saben hacerlo de tal modo que concluye uno por interesarse. Oigan ustedes lo que me pasó hace poco, y poniéndose después en mi lugar, decidirán quién tiene razon.

—Ya te escuchamos.

—Pues, señor, cerca hará de cuatro meses, que al pasar por cierta calle, alcancé á ver en un balcon una muchacha bastante bonita, que no tanto por sus facciones cuanto por su actitud, hizome fijar en ella la atencion. La luz estaba á punto de expirar, razon porque la niña habia dejado la costura á sus piés, y con la cabeza inclinada hácia atrás, y abriendo y cerrando con aire distraido unas finas tijeras que tenia en las manos, miraba hácia el Oriente una nubecilla, que elevándose len-

tamente, y al recibir los últimos rayos del sol, revestia sus caprichosas formas con los mas ricos matigés, desde el arrebol hasta el color de plomo. La mirada de aquella criatura era á la vez animada y lánguida, melancólica y dulce: me pareció que aquella mujer debia tener una alma sensible como la de un poeta: ya ustedes saben que soy muy afecto á esas mujeres *espirituales* que viven con una sonrisa, que agonizan con una palabra de amor y que mueren con un "yo te amo." Adiviné que en aquel balcon tenia todas estas cosas, y después de un momento de reflexion, tomé un partido: enamorarla. Desde luego puse en accion mi batería, y como los trámites que seguí en el asunto fueron los que ordinariamente se siguen y ustedes habrán empleado tantas ocasiones, omito hacer mencion de ellos, aunque de paso diré que me costó muchísimo trabajo, así porque mis operaciones eran desde la calle, como por la resistencia que opuso ella á mi solicitud; pero yo estaba empeñado en que habia de ser, y esto junto con el auxilio que me prestaron Dumas y Sue, Zorrilla y Espronceda, se rindió la plaza á los dos meses de sitio. Así pues, mano al bonton, que aquí empieza lo bueno. Su primera carta decia así, salvo error de memoria:

Caballero: Hasta hoy no he sentido lo que llaman amor, porque no habia encontrado un hombre capaz de inspirármelo; usted me parece digno de llenar el vacío de mi corazón. Quiera Dios que no tenga ocasion de arrepentirme, y mi primer amor venga á ser el último! Puede usted pues, llamarme suya; pero antes le exijo bajo su palabra de caballero, que jamás pretenda le hable, porque desde ese momento cesará todo entre nosotros: hay en la historia de mi vida una circunstancia que cubre este misterio; perdone usted que tambien la reserve. Por

lo demás puede usted contar con que si permanece en los sentimientos nobles y generosos que me deja entrever, lo amaré toda la vida y con toda su alma.—MERCED.

La alegría del triunfo no me dejó entrar en reflexiones, le juré cuanto quiso, y á pesar de la opinion de Pedro, me interesé vivamente en el asunto, protestando no parar hasta descubrir el fondo del misterio. Es verdad que mi nuevo amor comenzaba mal, contaba con una flor menos en mi ramillete, pues no podia ocuparme jamás en alabar su voz de ruiseñor ó de buey, que Dios sabe cómo seria: además, durante el sitio, habia yo hecho mis preparativos para el caso de un buen resultado, y entre otros versos hice los siguientes á su voz:

¡Qué melodioso resuena
De pura fuente el murmullo,
Con el blandísimo arrullo
De la brisa matinal!
Pero es mayor el encanto
Que vierte en el alma mia
La dulcísima armonía
De tu voz angelical.

Habla, mujer, que otro mundo
Nace á tu acento sonoro,
Y envuelto en ensueños de oro
Se eleva mi corazón.
Habla, sí, que de tu labio
Suavísimos los sonidos,
Con el aura confundidos,
Los ecos del cielo son.

Y por la razon que ustedes saben, tendria que quedarse sin ellos; pero pensaba desquitarme con el azabache que tenia por ojos, con las perlas que tenia por dientes, con las rosas que tenia por mejillas: amen de la parte moral que me daria materia para *sendos panegíricos*. Nuestras relaciones siguieron perfectamente, recorrien-

do toda la escala desde el punto de tibieza hasta el de ebullicion. Se enamoró verdaderamente de mí, y yo, lo confieso, concluí por enamorarme de ella. Ya se ve, no podía ser de otro modo, al leer aquellas cartas llenas de fuego y de verdad, aquella pasion tan vivamente pintada: dije al principio que me pareció que seria *espiritual*, no me equivoqué; habia ocasiones en que dudaba si tendria algo de material aquella criatura que soñaba con los ángeles, por supuesto á mí entre ellos, que entendia el idioma de la golondrina que venia á posarse en el barandal de su balcon, que percibia en la brisa sonidos ignorados de los demás, y todo tan bien dicho, y todo tan sin estudio, pero en cuanto á hablarme inflexible; una vez osé pedirle explicaciones por escrito: he aquí su contestacion entre otras cosas: "No me pidas, bien mio, que te diga lo que el egoismo de mi amor me manda callar; te amo bastante para hacer que mi resolucion cambie; sin embargo, si tú insistes te lo diré, en la inteligencia de que al otro dia seremos extraños el uno al otro, pero entonces tu curiosidad será mas viva que tu amor, habrás perjurado y me habrás engañado vilmente, etc." Merced racionaba como un Sócrates, y sabia lógica mejor que yo, bachiller en artes: así pues, tuve que callar, esperando que el tiempo haria algo de su parte. Sin embargo, un dia me propuse arrostrarlo todo, y desliziéndome poco á poco y á una hora en que sabia que no me esperaban, entré á su casa con el objeto de preguntar por cualquiera persona; probablemente ella saldría y mi objeto estaba logrado. En efecto, llamé al porton, oí *crujir* un vestido de seda, la aldaba se levantó, giró el porton en sus goznes, y he aquí mi amada, bellísima, *encantadora* como nunca la habia visto; al encontrarse en frente de mí, un temblor general se apoderó de ella, ar-

ticuló una especie de exclamacion, y huyó mas azorada que si hubiera visto la sombra de su abuelo: no esperé resultas, y me largué dado á Judas y mas interesado que nunca. En la carta de aquella noche habia un párrafo que decia así: "Por el amor de la Virgen, por el mio, si algo vale, no vuelvas á repetir la escena de hoy: tú no me crees, ese paso es la muerte de nuestro amor." ¡Qué demonio, pensaba yo, significa esto! ¿qué motivo hay para que no me diga su boca lo mismo que me dice su corazón? yo me perdía en un mar de conjeturas sin poder sacar nada en limpio. Pero la cosa debia tener su desenlace. Una noche llegué, como de costumbre, á pararme en frente del balcon á entablar mis conversaciones telegráficas; pero con asombro noté que no estaba allí Merced, puntual, ansiosa como otras veces, y al acercarme salió la criada con un papelito que decia así: "Ha dispuesto mamá intempestivamente que hagamos una visita; por esta razon no nos veremos esta noche; ya sabes cuánto deberé sentirlo, pero no puedo excusarme." Casualmente tenia yo un baile de boda al que habia sido convidado expresamente por el novio: determiné pues ir allá para distraer mi mal humor. En efecto, me vestí, llegué á la casa y penetré en el salon. Acababan de bailar no sé qué y todo el mundo estaba quieto. Eché la visual para reconocer el campo, y ¡qué horror! en el estrado, al lado de la novia, estaba Merced, risueña, aunque con su eterno silencio. No sé qué me sucedió, conocí que me habia engañado, y los mas vivos celos se apoderaron de mi corazón. Mi dirigí á ella para pedirle la pieza siguiente y de ese modo informarme del motivo de su infame conducta.

No bien me descubrió, cuando se levantó *bruscamente*, y antes que yo pudiera impedirlo se metió á la recámara; yo to-

mé mi sombrero, y salí despechado. Al dia siguiente le envié mi dimision en una carta bastante fuerte; su respuesta fué devolverme mis cartas y demás prendas, aunque sin escribirme una sola letra de su parte.

Ocho dias después iba yo del brazo con un amigo por la calle de Plateros, cuando al volver la esquina para la Profesa, nos encontramos de manos á boca con Merced y su mamá: mi amigo que era conocido suyo, las saludó, yo permanecí impassible en el exterior, aunque con infierno en el alma. Después de un rato me dijo el otro:

—¿Has visto á esa muchacha á quien saludé?

—Sí, ¿por qué?

—¿Qué te parece su palmito?

—Me gusta.

—Ya lo creo, ¡lástima que sea muda!

—¿Cómo, quién?

—Ella, Mercedita, la que....

—¿Es decir que no puede hablar una palabra!

—Por supuesto; hará cuatro años le dió un ataque de insulto ó no sé qué, y perdió el uso de la lengua.

—¡Necio de mí, qué he hecho!

—¿Qué decias?

—Nada, que es una lástima.

Procuré desembarazarme del amigo y marché á casa, entré en mi cuarto á reflexionar: yo la queria, y comprendí que su falta no habia sido tan grande, puesto que si debia ser consecuente con sus propósitos debió obrar de la manera que lo hizo; y en fin, cuando el corazón ama, disminuye la gravedad de las ofensas que el objeto amado le *infiere*, y como yo estaba en ese caso, me resolví á arrostrarlo todo, y revivir nuestras muertas relaciones. En tal virtud, hice llegar á sus manos una carta en que le hacia saber la casualidad que me habia hecho dueño de su secreto,

y como yo lo consideraba de ninguna importancia para mi amor, solicitaba otra vez su correspondencia. La contestacion decia así: "Marchena: Ha obrado usted tarde, nuestra union es imposible, diré por qué, pero antes necesito vindicarme de los injustos cargos que usted me hace en su carta de quiebra. Cuando usted solicitó mi amor, estudié sus palabras y me pareció que habia hallado el corazón generoso, noble, rico de pasion y de poesía, capaz de hermanarse con el mio, vírgen aun, y ansioso de encontrar su semejante: no diré que padecí una equivocacion, usted es el que deseaba; si ellos no han podido unirse, culpa es del destino, no de usted, ni mia tampoco. Una desgracia me privó de la palabra. ¿Qué hombre habria querido dar su amor á una mujer que no podia decirle *yo te amo*, mas que en una carta helada en que se estampaba la voz del corazón, pero sin sus galas, sin su armonía? Yo amaba á usted y como estaba segura de que me aborreceria cuando supiera mi secreto, mi afecto egoista aumentó mas y mas la resolucion que habia formado de callarlo: ¡bien sabe Dios cuánta era mi desgracia al tener que ocultar algo á quien era dueño de mi alma! Por eso la palabra que le exigí al principio, por eso mi turbacion el dia que usted llamó al porton de casa. La noche aquella que determinó nuestra separacion, se verificó la boda de mi prima, boda á la cual era imposible excusarse, pues que fui la madrina. Si yo no hubiera recurrido al engaño usted habria asistido al baile, y allí era preciso que se hubiera descubierto lo que ya sabe, usted me habria aborrecido, y yo quise evitar este golpe. La suerte lo dispuso de otro modo, y solo siento que usted pueda haberse formado mal concepto de mí. En cuanto á su solicitud, no puede ser, Marchena; mire usted, aun cuando procurásemos entregar al ol-

vido los sucesos pasados, ya nuestro amor no tendria el encanto de los primeros dias, y un amor así, créame usted, amigo mio, es mejor sepultarlo en el fondo del corazon que fué su cuna. Olvídeme usted, busque en otras mujeres la dicha que yo no puedo darle, seguro de que en tanto desea serle útil la que se llamó su amante, y hoy es no mas su servidora etc., etc."

—Yo no podia hacer mas, sin desempeñar un papel poco decente: así, excusado me parece decir que seguí el consejo de Merced. Ahora, dime tú, ¿qué hubieras hecho en mi lugar?

—Yo, á una mujer que ama tan en regla, quererla á lo desesperado; pero advierte que tu anécdota no hace al asunto, porque un caso particular nada prueba contra una proposicion general.

—¡Pero si mi caso no es particular! si la mia proseribió la comunicacion verbal porque efa muda, otra te dirá que la veas siempre por el lado derecho, porque su ojo izquierdo es *apócrifo*; y la de mas allá te encargará que no la veas en misa, porque un tumor que tiene en la rodilla no le permite hincarse y tú lo extrañarías; las circunstancias cambian, pero el resultado es el mismo.

—Puede ser, pero yo no lo creo.

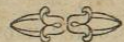
—Pues yo, dijo el teniente, vuelvo á mi tema: la mujer en cualquiera clase y condicion que se halle, con el solo hecho de llamarse mujer es siempre.....

—¿Qué?

—Un Misterio.

En este momento el reloj de la Catedral anunció que faltaba una hora para la media noche, á cuya señal nos despedimos, y cada cual tomó el camino de su casa.

Julio 23 de 1851.



CUALIDADES DE UN MARIDO.

Profesion conocida¹.

Domicilio tambien.

De veinte á cuarenta años de edad.

Aspecto varonil mezclado con cierta bondad y dulzura de carácter dignos.

Timidez cervical á ser de los primeros en adoptar la última moda.

Nada de corsé, ni de afeites, ni de cosmético, ni de miradas estudiadas, ni de romanticismo, etc., etc.

Si se quiere, vestido elegante y de gusto, pero hermanada la sencillez con la elegancia y siempre menos costoso de lo que se calcule que sus rentas le permiten. Si es preciso que haya deudas entre el caballero y el sastre, sea este último el deudor.

No muy hermoso, ó si lo es que no lo conozca; porque después del matrimonio (que suele ser la tumba del amor) un Narciso de estos os comparará friamente consigo mismo, y vais expuestas á perder y seguir perdiendo en el cariño, lo que perdais en la primera comparacion y sigais perdiendo en las que periódicamente se repitan: y no os digo nada de que tendreis por rivales el espejo y las puertas vidrieras, porque no quiero que tengais que quejaros de que os anticipo las pesadumbres.

Trato caballerosamente jovial; pero sin rayar en chocarrero ni bufon.

Conversacion flúida, amena y acomodada á las circunstancias de lugar, tiempo y personas; lenguaje correcto, sonrisa ingenua.

Urbanidad sin afectacion, y soltura de modales que no toque en los límites de la arrogancia.

Toda la instruccion posible, graciosamente oculta bajo una modestia dos veces mayor. (Concluirá.)

1 Si es pobre, y si rico, el dinero y siempre una habilidad á reserva por lo que puede contingere.

ADORACION DE LA CRUZ.

(Inserta á petición de una suscritora.)

ARBOL divino,

Santo madero,

Donde el Cordero

Murió por nos;

Mar insondable,

Sin una orilla

Y en donde brilla

La faz de Dios;

Tú fuiste allá en la cumbre del Gólgota sangriento

La rueda misteriosa del bárbaro tormento,

Que al hijo destinaron mas justo de David.

La sangre inmaculada que fúnebre te empaña

Es el licor balsámico donde mi amor se baña,

¡Oh signo sacrosanto de Redencion feliz!!

En tí una Virgen,

Madre amorosa,

Vertió afanosa

De llanto un mar,

Cuando transida

De atroz quebranto,

A su hijo santo

Miró expirar.

¡Oh, tú lo sabes,

Oh Cruz, que fuiste

Testigo triste

De su pesar!!

Por eso ante tí postrado

Dócil el mundo te adora,

Y con lágrimas que llora

Riega tu divino pié....

Por eso cuando busca en los peligros

Un escudo á su mísera existencia,

Acude á tu grandiosa omnipotencia

Y fija en tí su vacilante fe....

Por eso cuando ruge la tempestad sonora

Y en cada trueno escucha la voz de su Hacedor,

Tu protección espera, y en tu presencia llora,

Bañando tus contornos con lágrimas de amor.

Por eso cuando el cielo que escucha mi plegaria

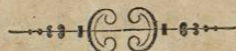
Niegue á mis tristes ojos su bienhechora luz,

Tú velarás al borde de mi urna funeraria

Mis sueños eternos, ¡OH SACROSANTA CRUZ!!

A. RIVERO.

MISCELÁNEA.



PRUEBA DE CARIÑO.

Mr. Archibaldo Stanhope *sentimentalista* ardiente, vecino de la calle de Buckley en Filadelfia, llegó á tener la dolorosa sospecha de que su mujer no tenia por él aquella crecida dosis de cariño que toda hombre de buen gusto debe tener por su marido; y para probar un desengaño ideó una pequeña estratagemá que puso por obra con las resultas que verá el curioso lector.

Tomó unos pantalones, una casaca, en fin todo lo que compone el vestido completo de un hombre, y formó con ello una efigie de su propia persona de él, rellenándola de paja, de la misma que hacia poco se habia sacado en su casa de un colchon viejo. Después de haber colgado este espantajo de la viga de la guardilla por medio de un cordel de tender ropa, se escondió él detrás de un monton de escombros que habia en la misma guardilla, y desde allí quedó á la mira del efecto que producía su treta.

Pasado un rato, su hija, criatura de tierna edad, llegó adonde estaba la figura colgada y dióse con ella en los ojos. Al punto bajó las escaleras corriendo y gritando:

—¡Madre, madre! *daddy*¹ se ha ahorcado!

—Aquí es lo bueno, habló consigo Archibaldo, sin salir de su escondite; ¡ahora vamos á tener un paso lastimero!

—¡Ahorcado! oyó decir á su cara mitad al ir esta subiendo con descanso la escalera; no ha de haber tenido muchas tentaciones, porque si no, ya le hubiera le-

1 *Stán-jop*.—2 *Dády*; papá.

cho tiempo hace. Y de veras lo ha hecho, siguió ella diciendo al llegar adonde estaba la efigie de paja de su marido. *Maud*², dijo á la niña, me parece que será bueno descolgarle. Podias irte á la cocina y traer un cuchillo, hijita; pero no vayas muy aprisa, no sea que te vayas á caer y te lastimes.... Aguarda, se me habia olvidado, no hay en la cocina cuchillo bastante afilado... Mira, vete allá á la casa de Mr. Homes, el zapatero, calle Sexta, no está mas que á dos cuádras de aquí, y dile que nos *haga favor* de prestarnos su tranchete, y no se te pase decirle que le dé una afiladita primero. Y, oye, mi vida, ya que vas por allá, será bueno que entres á ver á tu tia *Suky*³ y le preguntes cómo se siente el niño... ¡Ah! ¡oye, *Maud*! De paso vé, al venir, á la especiería y mércate una libra de azúcar de la de á siete centavos... ¡Pobre *Archy*! dijo suspirando la mujer cuando se hubo ido la niña; espero en Dios que le descolgaré antes que haya quedado sin vida... estos entierros dan mucho quehacer y cuestan el dinero.... Pero tambien él quiso quitarse la vida, y no me parece regular impedirle que haga su gusto una vez en su vida.... él tenia siempre en la boca que me le oponia en todo.... ¡Qué siento que haya echado á perder un cordel nuevecito!... lo mismo era para el caso una reata vieja.

En esto, una voz semejante á la del supuesto difunto, interrumpió el soliloquio de mistress Stanhope, exclamando:

1 *Mód*, Matilde.—2 *Susana*.—3 Poco mas de tres cuartillas.—4 Archibaldo.

—¡Estás confundida, mala mujer! ¡tú has de morir antes que yo!

Mistress Stanhope creyendo firmemente que esta exclamacion era voz de alma en pena, dió un agudo grito y procuró echar á huir por la estrecha escalera. Archibaldo, saltando de su escondite, corrió tras ella. Ella tropezó en lo mas fuerte de su huida, y á tiempo que él, habiéndola alcanzado, la asió de la melena, cayó ella y ambos consortes fueron rodando hasta el descanso de la escalera.

Ociosos decir que la conyugal pareja quedó estropeada mas de lo regular.

A los gritos de la magullada y desfavorida dama acudió la vecindad.

Archibaldo fué conducido á la cárcel á causa del escándalo y por haber abusado de la sensibilidad de su mujer; mas á poco se le dió por libre, mediante una fianza de doscientos pesos. Él propuso en chanza á la efigie suya de fiador, pero no quiso el juez admitirla.

CHARADA.

Escrita para el señor don F. R. G., no como ensayo ni prueba de ingenio, sino como manifestacion de aprecio.

Mi origen de allende el mar
Traigo, y mi nombre tambien;
Soberana, independiente,
Me obedecen pueblos cien.

Qué lengua engendró á mi nombre
Suele mover cuestion vana,
Y los sabios se dividen
Entre la árabe y la hispana.

Cinco sílabas me dan
Nombre cadente y sonoro,
Que la penúltima lleva
Un acento por decoro.

Cinco sílabas, y en todas
Se halla una misma vocal;
Pero no en todas, te advierto,
Produce un sonido igual.

Si quisieras escribir
Con alguna propiedad
La voz informe del bruto
Emblema de la fiedad,
La primera de las cinco
De mis sílabas pondrias,
Y el acento al pronunciarla
De aquel bruto imitarias.

La segunda te la enseña
Esta dición anticuada:
“En la sopriina si fases
Que sea por su envés contada.”

Un pronombre en la tercera
Y un artículo hallarás,
Y al mirarla alguna vez
Para leerla cantarás.

Mi cuarta, si la repites
Tres veces en alto son
Y das á tu voz el tono
Que pide la interjeccion,

No extrañes que algun adusto,
Grave, afectado, importuno,
Te llame por ello imbécil,
Sandio y necio cual ninguno.

De los Laras el gran nombre,
Los de la gloria inmortal,
Te hará que en su honor combines
Mi tercera y mi final.

¿Cuál es mi nombre, pregunto?
¿Cómo me llaman? ¿quién soy?
¿Qué lugar tengo en el pueblo,
¿A quién mis preceptos doy?
Es mi nombre tan preclaro,
De prez tanto y tal decoro,
Que en la historia de tu patria
Está escrito en letras de oro.

De mi pueblo, oye discreto
Esta advertencia final:
El nombre se encuentra escrito
En las hojas de un nopal.

Mazcota, setiembre 4 de 1851.—R. T.
La solución en el número siguiente.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:
VATILDE.

ECONOMIA ANIMAL.

LOS OLORES Y EL OLFATO.

Las sustancias que tienen mas olor no son siempre las que mas sabor tienen: muchas de ellas están dotadas de propiedades nocivas; otras á la inversa, despidiendo un olor fétido y repugnante, son de un gusto delicioso.

Uno de los principales usos del órgano del olfato es ayudar á descubrir las cualidades del aire que debe servir para respirar.

Pero el olfato procura al hombre goces muy gratos, tráele á la memoria especies de las mas tiernas. Los poetas eróticos no se han descuidado de celebrar el perfume de las flores; han aconsejado que se procure cautivar el olfato en el objeto que se ame: la impresion voluptuosa que resulta de un olor grato, ha sido mas de una vez suficiente para ablandar mas de un corazón.

Los efectos que en la economía animal producen los olores son infinitamente variados. Su accion de ellos es pasajera ó durable y su resultado es diverso en estas diversas circunstancias.

Los olores producen el estornudo ó las lágrimas, el gozo ó la tristeza, la alegría ó la taciturnidad, el sueño ó el insomnio, la cefalalgia¹ ó un estado de contentamiento indecible.

Muchas personas se imaginan que les hacen mal los olores: á propósito de esto cuéntase que una dama se desmayó al recibir la visita de una amiga suya que llevaba una rosa, la cual no era sin embargo mas que una flor artificial. Con todo, no sin razon se cree que los olores, aun los mas suaves, pueden perjudicar á las mujeres que acaban de alumbrar.

Las emanaciones de opio, de beleño, de

¹ Dolor de cabeza muy violento.

estramonio, de adormideras, causan el sueño. Si se pone uno á reposar á la sombra de un nogal ó de un saúco, raro es que no le acometa un sueño profundo y aun que no sobrevenga un dolor de cabeza intenso. La betónica, en los fuertes calores, embriaga á las personas que se ocupan en arrancarla.

El dejar por la noche vasos con flores en los aposentos donde se duerme, no deja de ser peligroso; pudiendo acarrear esta imprudencia acometimientos de síncope y asfixias¹ mortales á veces. El lirio, la tuberosa (vara de Jesé), el narciso, hasta la violeta, las flores del raurel rosa, menos olorosas aun, han ocasionado la muerte.

Una mujer llegó á contraer violentos dolores de cabeza por acostarse en una cama que habia sembrado de pétalos de rosa; á una señorita le sucedia perder la voz en haciéndola oler un ramillete, y en otra producía el propio efecto el almizcle. Una señora sentia apagársele la voz cuando entraba en un lugar en que sintiese el olor de trementina. Las flores de las labiadas, es decir de la salvia, del romero, del espliego (la alhucema), del tomillo, no producen nunca estos malos efectos; parece al contrario, que aumentan la actividad del cerebro. Es importante distinguir entre la accion del aroma ó parte olorosa de las flores y el ácido carbónico que se desprende de ellas. Este gas es siempre funesto como que es un veneno absoluto, mientras que el aroma no es mas que un tósigo relativo, cuyos efectos dependen de la disposicion particular y de la mayor ó menor delicadez nerviosa. El uso continuo de los perfumes puede originar todas las enfermedades nerviosas.

Remover la causa del mal es en este caso, como en todos, la primera diligencia que hay que hacer para remediar los ac-

¹ Privacion repentina de los sentidos y el pulso.

identes producidos por las emanaciones odoríferas; hacer respirar un aire fresco y puro, dar en el cuerpo aspersiones ó rociadas de agua fria, hacer respirar gases de ácido acético ó de ácido clórico, dar á tragar pociones estimulantes, son los medios á que debe recurrirse al punto.

En el uso de los olores el exceso es lo que hay de temible.

La especie de arrobamiento que hacen sentir los olores suaves tiene en el entendimiento una influencia profunda. Cuando los primeros rayos del sol saliente disipan el rocío en vapor ligero, el aire cargado de las emanaciones de las flores hace experimentar las mas gratas sensaciones. En el seno de esta atmósfera embalsamada, las ideas se tornan mas risueñas, y á veces, apoderándose de nuestra alma una sabrosa melancolía, nos entregamos á una extática contemplacion: esto es felicidad, si es que en la tierra se alberga la felicidad.

Este efecto es el que ha hecho á Rousseau¹ creer que el olfato era el sentido de la imaginacion.

En la época en que las flores se abren es cuando renace la estacion de los amores.

La impresion de los olores demasiado fuertes en el órgano del olfato, embota los sentidos de la misma suerte que la violencia de los otros agentes excitativos disminuye la sensibilidad de los órganos que están destinados á percibirlos. Acaba uno por ser insensible á los olores mas inofensivos como á los mas suaves cuando está continuamente sometido á su influencia.

(Traducido.)

LA MODESTIA.

Ser modesto es saber contener el movimiento mas impetuoso de nuestra alma, cual es la presuncion; es mirar sin rigor el orgullo y la presuncion de nuestros

¹ Rusó (rojo, pelicofre).

prójimos; es atribuirles una superioridad grande sobre nosotros mismos; es otorgar continuas concesiones á sus pretensiones; es sujetarse á todas las deferencias que inspira la conviccion completa que de sus cualidades y de su mérito nos cabe; es profesar en toda ocasion nuestra insuficiencia, sea en virtud de nuestras acciones ó de nuestro porte; es sobre todo ser mirados en nuestras opiniones, tanto como reservados en nuestras palabras: en efecto, hay muchísimos hombres que no deben su reputacion de modestia sino al prestigio de su moderacion ó á la magia de su silencio. La modestia es una virtud de todo punto obligatoria en la sociedad: ella imprime un carácter de decoro á nuestras relaciones mas gratas, ella da peso á las acciones y crédito á las palabras, poniéndonos tambien á cubierto de los tiros de la envidia. Tener uno una opinion muy favorable de sí propio es indisponer á los demás contra uno. No se reciben bien estos juicios anticipados y el público no confirma siempre el grado que uno se ha asignado en su opinion. El hombre modesto excusa las alabanzas con el mismo empeño que el orgullo las solicita. Agrada, porque no interrumpe á nadie, y si tiene cerrados los labios, los que en su presencia hablan tienen bastante candor para creer que no está callado sino por darse el gusto de escucharlos. En cuanto á las mujeres, la modestia es uno de los primeros hechizos de su carácter; esta reserva, tan esencial á su sexo, naturalmente debe encaminarlas á guardar silencio en una reunion, particularmente si es numerosa; que los hombres de seso y de talento jamás verán ese silencio como efecto de estupidez. Puede tomarse parte en la conversacion sin pronunciar una sílaba: vuestro semblante predicará que sabeis escuchar y el observador no dejará de notarlo.